

NADIE PARECÍA

DIRIGEN:

JOSÉ MATEOS • ABEL FEU
ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ

NÚMERO 1

PRIMAVERA, 1999
S E V I L L A



*Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.*

SAN JUAN DE LA CRUZ

18

¿EN tiempos de confusión, en tiempos de mercaderías y servidumbres tecnológicas, una nueva revista de poesía? ¿Y por qué no? Hasta la pobre y modesta rana se arranca a cantar mientras flota en las aguas turbias, y ya nos dicen nuestros clásicos que es cuando todo baja cuando hay que tratar por todos los medios de no bajar también.

Al echar ahora a la calle estas hojas ilusionadas quisiéramos nosotros verlas volar hacia el corazón mismo de la poesía, que es como querer anteponer, frente al bullicio y al revuelo de las novedades, la original soledad del hombre, y, frente al ruido del mundo, el silencio de donde nacen sus gestos y palabras más verdaderas. La poesía es uno de los manantiales de donde brota nuestra cultura y, en momentos de confusión y fatiga, ¿no va a ser bueno volver a los manantiales para refrescarnos y limpiarnos en ellos?

En estos últimos años se ha hablado mucho de la inutilidad de la poesía y casi siempre por parte de quienes la han utilizado, con intereses y artimañas, a su modo. No obstante, con bendita ingenuidad, aún creemos nosotros que la poesía nos engrandece y mejora, siempre, claro está, que no se la reduzca a lo pedestre y banal y que no se la desvincule completamente del ámbito de lo sagrado y misterioso, como ocurre en buena parte de la poesía y del arte modernos. Su influencia social es lenta pero profunda, y, en el peor de los casos, la poesía ayuda a conocernos y conocernos a nosotros mismos es lo menos que podemos hacer por los demás.

ALTA TECNOLOGÍA DE LA EXPRESIÓN

EL hombre habita en el lenguaje y, como Dios, se expresa y se reconoce en el Verbo, por eso cuando los nombres no nombran y tiene que habituarse a existir en lo innominado padece la más atroz de las mutilaciones. Desde muy antiguo el hombre fue definido como el animal que tiene la palabra, como el animal que tiene manos, que es bípedo implume, que tiene inteligencia, y desde muy antiguo la amputación de las manos o de los pies se ha experimentado como una desgracia, un extravío o una monstruosidad. También la amputación de la inteligencia. Los hombres que han perdido la razón han perdido su ser en mucho mayor medida que los que han perdido las extremidades, porque la inteligencia no es una extremidad, es el corazón, o cuando menos la luz del corazón, y por eso tememos perderla más que ninguna otra cosa. Cuando lo que se gangrena es el lenguaje la luz del corazón no tiene nada que alumbrar y se pierde como la del sol en los espacios siderales sin ser percibida siquiera hasta que de pronto aparece un planeta o un asteroide: entonces la luz ha dado en el blanco y se ve la luz y el planeta, entonces la palabra ha nombrado y se percibe la inteligencia del corazón y el mundo habitable y habitado. Cuando al lenguaje le aqueja la esclerosis no hace pie en nada vivo porque él mismo está muerto, no tiene sensibilidad y deja de ser la arteria por la que la sangre de los hombres llega a las cosas y la de las cosas a los hombres. Pero si esa misma enfermedad pudiera ser dicha, los hombres sabrían lo que les pasa, sabrían orientarse incluso en la descomposición, sabrían comunicarse con las cosas ausentadas y con los demás hombres.

La esclerosis del lenguaje es algo que no siempre padece el lenguaje completo, pero que a menudo invade alguno de sus barrios. En concreto, la padecen el lenguaje de los políticos, de los creadores de publicidad, de los predicadores religiosos, que continuamente desgastan sus expresiones por el uso insistente y por el abuso. Cuando su lenguaje está desgastado sus palabras son repetición mecánica y no nombran nada, no se comunican con los demás, sus mensajes no llegan y si llegan lo hacen con las manos vacías, sin entregar nada. Por eso necesitan más que los demás suburbios del lenguaje de la alta tecnología de la expresión, es decir, de los poetas, y cuando los encuentran de nuevo se abre espacio, mundo, sentido y senda, se promete anchura, galope y patria. Los líderes políticos, religiosos y publicitarios son poetas, porque los líderes son los que crean sentido. El suburbio del lenguaje mejor dotado de poetas y que goza de mejor salud actualmente es el deportivo. Cuando uno escucha la retransmisión radiofónica de una etapa del Tour, del Giro, de la Vuelta Ciclista a España, o la de un partido de fútbol, uno asiste a una fiesta del lenguaje. Las metáforas se renuevan constantemente y la vida fluye por esas arterias desde los hombres a la acción, a las ruedas, al paisaje, al balón, a las mallas, a la escapada, a la serpiente multicolor, a la pena máxima, al fondo de la red, al podium y a los besos que desde los pechos sonrientes de las azafatas atraviesan las camisetas amarillas y azules de Credit Lyonnés y van a estamparse en las mejillas del rey de la montaña.

Cuando la esclerosis afecta al lenguaje completo, cuando afecta no a sus extremidades sino a su corazón, a esos canales que llevan la energía del alma no a los barrios a los que se va de visita, de excursión, de aventura o de recreo, sino a la propia casa, a las costumbres entrañables, a las creencias hondas, a los seres queridos, al mundo familiar, entonces hace falta la alta tecnología de la expresión a cargo no de los líderes políticos, religiosos, publicitarios o deportivos, sino a cargo de los que son simple y solamente poetas. Si esa desolación puede ser dicha, al menos podemos saber lo que pasa y dónde estamos; entonces el sol vuelve a calentar y a alumbrar otra vez, aunque sea un sol de media noche y alumbre un panorama desolado. Esa desolación puede ser dicha.

«Ciertamente es extraño no habitar ya la tierra,
no vivir las costumbres apenas aprendidas,
y a las rosas, y a otras cosas a su manera prometedoras,
no dar el significado del porvenir humano;
no ser ya lo que se fue en manos de la infinita angustia
y abandonar hasta el propio nombre

como un juguete destrozado.
Raro, no seguir deseando los deseos. Raro,
ver que todo lo que se ligaba aletea tan suelto
por el espacio.»

(RILKE, *Elegías de Duino*, I)

También puede ser dicha de otra forma:

«Mi alma se ha roto como un vaso vacío.
Ha caído por la escalera demasiado abajo.
Se ha caído, se ha hecho más pedazos que loza había en el cacharro.
¿Estupidez? ¿Imposible? ¿Qué sé yo!
Siento más sensaciones que sentía cuando me sentía yo.
Soy un esparcimiento de cascotes en una estera por sacudir.
He hecho ruido al caer como un cacharro que se partía.
Los dioses que hay se han asomado por la barandilla de la escalera.
Y miran los cascotes que su criada ha hecho de mí.
No os enfadéis con ella.
Sed tolerantes con ella.
¿Que yo era un cacharro vacío?
Miran los cascotes absurdamente conscientes,
pero conscientes de sí mismos, no conscientes de ellos.
Miran y sonríen.
Sonríen inconscientes a la criada involuntaria.
Se arrastra la gran escalera alfombrada de estrellas.
Un casco brilla, vuelto del exterior lustrado, entre los astros.
¿Mi obra? ¿Mi alma principal? ¿Mi vida?
Un casco.
Y los dioses lo miran especialmente, pues no saben por qué se ha quedado allí.»

(ÁLVARO DE CAMPOS, «Apunte»)

Así aletean de sueltas también las vidas de los seres humanos que habitan los relatos de Joyce y Kafka, de los que se enfrentan en los dramas de Artaud y Pirandello, y de los que andan como marionetas en los versos de Rilke y Pessoa. La novela, el teatro y la poesía de los años veinte levantó cumplidamente acta del desastre.

La desolación puede ser dicha de muchos otros modos, y aunque es la misma, cada vez que se dice así está viva, la vivimos y nos vive, como el mundo de *La historia interminable* que se va convirtiendo en ceniza hasta la extinción y solamente puede salvarlo quien le dé un nuevo nombre, el niño que por fin en un momento de inspiración le grita «hija de la luna». Pero cuando ya el gran desastre ha tenido lugar y no queda espacio para los grandes relatos ni las grandes tragedias, la vida transcurre en lo cotidiano, lo pequeño, lo prosaico, lo carente de valor y de grandeza; ahí se queda, y una voz como Lázaro espera que le diga «levántate y anda», y ahí es donde la poesía va a buscarla y pacientemente va poniendo en pie fragmentos marginales de la existencia. Por eso ya no dice *El rayo que no cesa*, *Ganarás la luz*, *España*, *aparta de mí este cáliz*, *Redoble de conciencia*, ni *Hijos de la ira*, sino que dice *Las cosas como fueron*, *La imagen de su cara*, *El color de la bruma*, *Punto y aparte...*

El poeta padece mucho por la amputación del lenguaje, y trabaja como los equipos de cuidados intensivos. Se mete en el interior agonizante o muerto de lo trivial y lo indiferente, lo explora, le toma el pulso, se desgañita en el masaje cardíaco, en la respiración boca a boca, hasta que su vida entra en el cuerpo ceniciento y atónico. Entonces empieza a despertar, se alza levemente y, de pronto golpea con toda la fuerza de la vida naciente. Y ya está el poema. Una pequeña parte del mundo sacude una coza, besa o gime. Otra vez hay mundo, pequeño y humano, pero ahí está otra vez el hombre todo y un cosmos nuevo, porque los hombres son, como Dios, los que crean el mundo, sus mundos, con la palabra, porque para los hombres decir es ser, existir ellos y hacer que las cosas existan, porque para las cosas ser es ser dichas.

JACINTO CHOZA